

Para consolidar esta unión con los romanos, dió á su hija en matrimonio al general Victor, cuya pureza de fé celebran con gran encomio Teodoreto y Nicéforo. Tales fueron los frutos de la elección de san Moises, es decir, la conversión de gran número de sarracenos y la paz con el imperio. No se sabe cuanto tiempo vivió, ni en donde fijó su silla episcopal.

Hacen notar los Bolandistas, que debió haber existido una historia de la conversión de los sarracenos, de su guerra con los romanos y de la vida de san Moisés, de la cual tomaron sus relatos Sócrates, Teodoreto, Zozomeno y Rufino: pues así lo dá á entender la uniformidad de sus narraciones. El nombre de este Santo fué siempre célebre, como hacen notar estos historiadores. Es preciso hacer constar que no es el mismo que el Moisés del desierto de Raitha, que convirtió á Obediente, y del cual hemos hablado en el capítulo anterior. La Iglesia hace memoria de san Moisés en el Martirologio, dia 7 de febrero.

EL BIENAVENTURADO SILVANO, ZENON Y OTROS DISCIPULOS SUYOS ¹

Despues de las crueldades ejercidas por los bárbaros en el desierto, creeríase que ningún solitario se atrevería á habitarlo de nuevo. Pero no sucedió así: san Nilo, san Téodulo, san Juan Clímaco y otros muchos heredaron el espíritu de los que habian derramado su sangre por la fé de Jesucristo, ó mejor dicho, continuaron participando con

¹ Vit. PP. Zozomeno, Cotelier y Tillemont.

sus virtudes y oración del sagrado comercio que Moisés habia tenido con el Señor, cuando en esta montaña recibió su santa ley.

El bienaventurado abad Silvano fué uno de los que más contribuyeron á hacerla célebre con sus virtudes. Hubiéramos podido ponerle entre los Padres del desierto de Sceté: pues que entre ellos vivió en los primeros años de su profesión. También hubiéramos podido considerarle entre los monjes de Palestina, pues allí estableció un célebre monasterio, en el cual murió. Pero es lo mismo que nos ocupemos de él en este lugar, así como de lo que hizo en los tres desiertos, y de los discípulos que en ellos educó.

Se le puede considerar como uno de los más antiguos Padres de la soledad, puesto que en los tiempos de Moisés, jefe de ladrones y penitentes, gozaba ya de gran reputación de hombre espiritual, y Zozomeno le coloca entre los hombres más eminentes desde la época del emperador Juliano. No se conoce el lugar de su nacimiento, ni la edad en que hizo profesión de la vida monástica: sólomente se sabe que estaba en la Palestina, y que se retiró primeramente al desierto de Sceté. Puede presumirse de sus progresos en la nueva profesión por la gran estima en que tenían su virtud los solitarios de este desierto. Tuvo doce discípulos, y las lecciones que dió á san Moisés demuestran que era considerado como una luz clarísima que alumbraba á los demás en los oscuros caminos de la vida espiritual. Le preguntó un día este abad si se podía empezar todos los días una vida nueva, y con este motivo le dió las lecciones siguientes.

« Es preciso que establezcáis una regla de vida para todo el día, regla que abraza todos los deberes y todas las virtudes. Proponed para con Dios ser fiel en la observancia de sus mandamientos y en la práctica de todos los actos de virtud, siempre que se presente ocasión: portaos

siempre con paciencia, con dulzura y con amor: sosteneos en la humildad tanto interior como exterior: no salgais de vuestro retiro y entregaos á la oración acompañada de santos gemidos: cuidad que no entren en vuestro espíritu las ideas de las cosas del mundo, y nunca os entreguéis á la satisfacción de los sentidos, principalmente de los ojos y de la lengua, para que podáis comparecer en la presencia de Dios con pureza de alma y de cuerpo. Proponed, en lo que á vos mismo toca, combatir animosamente las tentaciones, abrazar los trabajos de la penitencia, el ayuno, las vigilias y las obras manuales, sufrir el hambre, la sed, la desnudez, las fatigas, los trabajos y persecuciones, no contentándoos con saber lo que debéis hacer, sino poniéndolo en práctica, para que pueda decirse de vos como del siervo fiel, que habeis duplicado los talentos que recibisteis del Señor. Procurad que adornen vuestra alma todas las virtudes, como un vestido nupcial, y perseverad constantemente en vuestros ejercicios, atestiguando de esta manera que estais asentado sólidamente sobre la piedra firme. »

« Para animaros á ello, pensad que la muerte está cercana, y que puede llegar el día ménos pensado. Considerad que estais encerrado en la tumba, y por consiguiente, que no estais en el mundo, ni teneis que ver nada con las cosas del siglo, cuyos cuidados y afanes son como espinas, que, segun la palabra de Jesucristo, ahogan la buena semilla en las almas. Conservad fielmente el espíritu de mortificación, de humildad y de compunción; puesto que la Escritura dice, que perecerán los que se complacen en sí mismos. Caminad siempre en el santo temor de Dios, pues segun dice el Profeta de los Salmos, el temor que concebimos en nuestras almas, y que nos deshace en santos gemidos, es el que produce en nuestro espíritu la salud. »

Ejercitaos en estos sentimientos y en las demas virtudes,

y no os compareis con los que hacen grandes progresos, como si ya hubieseis llegado á sun eminente grado de virtud: reconoced, por el contravio, que estais muy atrasado, y que sois más miserable que cualquier pecador: pues como dice el Apóstol: Si alguno cree ser algo, siendo en realidad nada, se engaña á sí mismo y se hace ilusion. »

« En órden, por último, al prójimo, no juzgueis á nadie: no despreciéis al pecador; sino ántes por el contrario, llorad vuestras propias faltas, sin preocuparos de la conducta de los demás. Sed dulce, y no permitais en vuestro corazón ningún movimiento de cólera, ningún sentimiento de aversión ni de odio: nunca volvais mal por mal: no os goceis de que pomezca afixión el que os ha ofendido, y sed pacífico para con todo, el mundo; pues en esto consiste la consumación de la perfección, Además no deis vuestra amistad y confianza á los que observan mala conducta, y no aprobeis de manera alguna el mal que se hace á los demás. No habéis mal de nadie, porque solo Dios es el juez supremo de los hombres, y él sólamente conoce el fondo de los corazones. A nadie despreciéis á causa de sus pecados: pues está escrito: No juzgueis á nadie, si no quereis ser juzgados. Si os veis obligado á reprender á alguno, cuidad que le sirva de provecho: si vuestro hermano cae en algún pecado, no por eso os dejes llevar de sentimientos de odio hacia él; sino procurad atraerle á Dios, y pedid que se le conceda la gracia de la conversión y de la penitencia. Si os refieren alguna falta cometida por otro, respondedle: No soy su juez, sino un pecador: soy un muerto sepultado en la tumba de mis hermanos, y un muerto nada tiene que ver con la conducta de los demás. Si observais esto, vivireis el espíritu de la gracia bajo la protecci3n de Jesueristo. »

El abad Silvano vivi3, á lo que se cree, en Sceté hasta despues del año 363, en que murió Juliano et Apóstata,

Vino al monte Sina, y se uni3 á otros solitarios que ya habitaban en esta santa montaña. No pudo ocultar entre ellos los tesoros de gracia y de luz que Dios habia puesto en él. Sabresalía por su discreci3n y sabiduria, y su celo se hallaba tan atemperado por la dulzura, que le hacía muy apropósito para la direcci3n de las almas. Así es que muy pronto se vi3 encargado de las de muchos solitarios en este nuevo desierto.

Esto no le impedia el vivir retirado con su discípulo Zacarías, y de este retiro sacaba las luces subrenaturales que con abundancia comunicaba á los demás. Fué elevado á un grado tan excelente de oraci3n, que Dios le revelaba aquellos de sus secretos necesarios para su aprovechamiento y el de sus discípulos. Estando un dia sentado en una caverna con algunos de estos, fué arrebatado en éxtasis, y cayendo despues postrado en tierra, permaneci3 muchas horas en esta posici3n. Levant3se llorando, y aunque le preguntaban la causa, no respondia más que con las lágrimas. Por último, se rindi3 á las instancias, y dijo que habia sido elevado al juicio de Dios, y habia visto ser condenados al infierno muchos que llevaban el hábito de monje; mientras que muchas personas seculares habian sido recibidas en el reino de los cielos.

Tanto le impresion3 esta visi3n, que desde este tiempo lloraba casi continuamente, y no salía de su celda sino cuando tenia grande necesidad, y ent3nces se echaba la capucha hasta los ojos, diciendo: ¿ qué necesidad tengo yo de ver esta luz temporal, que de nada puede servirme?

Habiendo entrado otro dia en su celda su discípulo Zacarías, le encontro con las manos levantadas al cielo, y arrobado en éxtasis: sali3 cerrando la puerfa, y volviendo al medio dia, y despues por la tarde, le hall3 en el mismo estado: volvi3 nuevamente por la noche, y le encontr3 descansando. Le pregunt3 lo que le habia ocurrido du-

rante el día, y el Santo le respondió que se hallaba algo indispuerto. Esto no era extraordinario: pues con frecuencia le ocurría que el alma, por lo mismo que había estado más aplicada á Dios, había descuidado el cuerpo, resultando de aquí, que, cuando volvía del éxtasis, se encontraba con suma debilidad. Zacariás no quedó satisfecho con esta respuesta, sino que, arrojándose á sus pies, le abrazó, protestando que no le dejaría hasta que dijese lo que había visto. Entónces Silvano se vió obligado á confesarle, que había sido arrebatado hasta el cielo, en donde había visto la gloria de Dios.

Como una consecuencia maravillosa de su comunicación con Dios, aparecía muchas veces sobre su rostro y sobre su cuerpo un resplandor extraordinario, como si fuese un ángel, y decíase, segun refiere Zozomeno, que Dios, para recompensar su virtud, había permitido que en más de una ocasión se le viese asistido por un espíritu celeste. Estas gracias exteriores eran sin duda las que le hacían ocultarse á las miradas de los hombres. Su humildad no podía permitir cosa alguna que atrajese sobre él la estimación y los aplausos, y se le atribuyen estas excelentes palabras: « ¡Desgraciado el hombre que tiene más reputación que mérito! » Velaba sobre sí mismo con tanto cuidado, que se vió obligado á confesar que nunca había dejado entrar en su corazón un pensamiento que pudiera desagradar á Dios. Esta gran pureza de corazón le mereció el don de sabiduría y de discreción, que todo el mundo admiraba en él. Como consecuencia de esta misma vigilancia custodiaba sus sentidos, no fuese que, por no tenerlos siempre á raya, entrase en su alma el recuerdo de los objetos sensibles, y fuesen causa de alguna distipación.

Habiendo ido su discípulo Zacariás á un asunto, le recomendó que, durante su ausencia, regase el huerto. Así lo hizo, y habiendo notado una persona, que desde léjos

le veía, que tenía tan baja la capucha que no le permitía ver más que los pies, se aproximó al Santo, y le preguntó el motivo por que lo hacía: « Zenón, contestó con sencillez, mirando á los árboles, me distraigo de mí ocupación. »

De este pasaje se deduce que había un huerto que regaba con sus discípulos; pero éste era muy reducido y conforme á la pobreza de que había hecho profesión. Ocurrió, pues, que, hallándose ausente de su celda durante algún tiempo, Zacariás y algunos de los religiosos quisieron agrandararlo, poniendo más léjos el vallado que lo resguardaba. Apénas vió esta mudanza, dijo que se marchaba; pero todos se postraron ante él, rogándole que les manifestase la causa de esta determinación. « No entraré en la celda, les dijo, hasta que se coloque el vallado en el mismo sitio en que estaba. »

Puede juzgarse de su discreción por lo que hizo al pasar por un monasterio en que los religiosos le ofrecieron comida. Aceptaronla, en efecto, por más que no era la hora en que acostumbraban hacerlo los solitarios á causa del ayuno. Más como á su regreso quisiese Zacariás beber en una fuente, el santo anciano le dijo: ¿ « No sabes, hijo mio, que es día de ayuno? — Pero, Padre mio, respondió el discípulo, ¿ no he mos comido ya? — Sí, replicó Silvano lo hemos hecho por caridad; pero ahora tenemos que observar el ayuno. »

Se refiere también una lección de sabiduría y de discreción, que dió á un religioso de otro monasterio, que había venido á visitarle. Como este religioso viese á sus discípulos ocupados en el trabajo, les dijo: ¿ Porqué os afanais en busca de un alimento que perece? ¿ No sabeis que María escogió la mejor parte? — Habiéndolo sabido Silvano, dijo á Zacariás: « Meted á este religioso en una celda, y dadle un libro para que se entretenga. » — Habiendo

llegado la hora de Nona, que era la de la comida, se puso el religioso en la puerta, esperando que el abad le llamase; pero nadie parecía. Viendo que pasaba el tiempo, salió de su celda, y fué à preguntar al abad, si habian comido los religiosos: — « Perdonadme, le respondió, que no os haya llamado, porque, como sois un hombre enteramente espiritual, que habeis escogido la mejor parte, no necesitais del alimento que perece. Nosotros, que somos carnales, no podemos pasar sin comer, y por eso trabajamos ». — Este religioso reconoció su error, pidió perdón, y el santo abad le dijo: « Confesad, hermano mio, que María necesita de Marta, y que Marta contribuye à las alabanzas de María. »

Él mismo practicaba con toda fidelidad esta lección: pues se dedicaba al trabajo manual, hacía cribas y otras obras, para no acercarse à comer à costa del trabajo de otros. Era al mismo tiempo tan desinteresado, que habiéndole traído un hombre un asno cargado de pan, no quiso aceptarlo gratuitamente, sino que lo devolvió cargado de cribas.

Hemos dicho que su dulzura le hacía muy à propósito para la dirección de las almas. En efecto, por medio de ella devolvió la paz y el espíritu de penitencia à un religioso sumido en la desesperación por el celo imprudente de otro. Habia este religioso caído en una falta de pensamiento, y en la turbación de su conciencia, que interiormente le recordia, fué à proponer el caso à otro solitario como si se tratase de otra persona. Este, en lugar de animarle, le dijo bruscamente que habia perdido su alma. — « Si así es, respondió el religioso, me vuelvo al siglo. — » Hallábase determinado à hacerlo, cuando se le ocurrió consultar al abad Silvano, del cual recibió una respuesta muy consoladora. Dijole el santo anciano, que no seremos castigados tan severamente por los pensamientos como por los pecados actuales, lo cual demostró con muchos pasajes de

la santa Escritura. Esto ensanchó el corazón de aquel religioso, que, lleno de confianza, le confesó toda su falta. Este médico espiritual le aplicó un remedio sacado de los Libros santos, exhortándole à la penitencia y asegurándole que sólo ella es el camino seguro para salir del estado en que se encontraba, y la puerta siempre abierta para llegar à la reconciliación con Dios. Aprovechóse tan bien este religioso del consejo que acababa de recibir, que en poco tiempo llegó à la más elevada perfección. Entónces el abad Silvano que habia ido à visitar al anciano que habia puesto à este religioso al borde de la desesperación, le refirió lo que habia ocurrido, diciendo. « El religioso, à quién vuestra respuesta habia llevado à tal desesperación, que resolvió volver à los peligros del mundo, brilla al presente entre los solitarios por los resplandores de su virtud. »

Ignórase el motivo por el cual dejó el abad Silvano el desierto de Sina para retirarse à la Palestina, pero aseguran los historiadores eclesiásticos que fué à Gerares, ciudad de esta provincia ¹, en donde edificó cerca del torrente de Besor un grande y célebre monasterio, que fué residencia de excelentes religiosos. Nada sabemos del resto de su vida. Pero es preciso hablar de algunos de sus discípulos, por la parte que tomaron en algunos hechos de su vida, y que nos dan à conocer su raro talento para la dirección de las almas.

Hemos dicho que habia doce religiosos en el desierto de Sceté. Zacarías le siguió à la Palestina, y le sucedió en el gobierno de su monasterio. Nada más nos dice la historia, à no ser lo que refiere Zozomeno, asegurando que en su tiempo, à sea en el año 415, se descubrió cerca de Euthéropolis, el cuerpo del profeta Zacarías, hijo de Joiada, que tenia à sus pies un niño con vestiduras reales, sin que na-

¹ Antigua ciudad de los filisteos, al este de Gara, residencia de Abimelech.